
RER

Revista de Estudios Rectificados



Año 2

Número IX

Marzo

2020



RER

Revista digital sobre el Rito Escocés Rectificado

Redacción:

Caballeros del Mediodía 189

Gran Logia de España

Gran Logia Provincial de Andalucía

Dirección electrónica:

revistaestudiosrectificados@gmail.com

ÍNDICE

El Tricornio

Pág. 3

Calidad sobre cantidad

Pág. 6

El tapiz de grado

Pág. 8

Adhuc stat

Pág. 12

Cristianismo y masonería

Pág. 18

NOTA DE LA REDACCIÓN

La presente revista presenta en sus contenidos trabajos de reflexión personal de Hermanos que practican el Rito Escocés Rectificado. Lógicamente RER, Revista de Estudios Rectificados, no pretende ni desea que esas reflexiones la representen. Los matices que podremos observar constituyen la riqueza que aportan los Hermanos.

El Tricornio

No cualquiera puede participar de nuestros Trabajos. Esa noción de “hombre libre y de buenas costumbres” propio de la masonería universalista y que deja entrever que cualquiera puede ser masón, no tiene sentido entre nosotros. Evidentemente que todo candidato a ingresar ha de ser un “hombre libre y de buenas costumbres”, pero no solamente eso, sino que como condición *sine qua non* ha de ser cristiano -y aquí añadiría lo que dice uno de nuestros rituales: o dispuesto a llegar a serlo de buena fe- para poder optar a ello. Esta condición de cristiano imprescindible para poder entrar tiene su explicación, porque toda la doctrina y enseñanza que va a recibir el impetrador a lo largo de su paso por el Régimen Escocés Rectificado y sus distintos grados y clases estará basada en la Tradición cristiana, de tal modo que, sin el conocimiento y formación previas no podrá entender todas las enseñanzas de la simbología y emblemas que la Orden pueda presentarle. Por poner un ejemplo: nadie puede llegar a leer y a escribir si antes no conoce el abecedario.

Así pues, sin el conocimiento previo que procura una formación cristiana nadie puede acceder a la Orden Rectificada. Se imponen aquí ciertas precisiones; cuando decimos cristiano, queremos referir a alguien perteneciente o que haya estado formado en cualquiera de las Iglesias cristianas que pueden profesar sin dificultad el Credo de Nicea, quedando excluidas todas aquellas otras corrientes o iglesias que diciéndose cristianas en realidad no lo son, situación propia de nuestro mundo actual, que busca un espiritualismo descafeinado, queriéndose hacer una fe a su medida y ausente de compromiso, sin estar sujeto a nada ni a nadie y cambiando de iglesia con la facilidad de aquel que cambia de parecer.

No obstante, somos conscientes del estado actual en que se encuentra el hombre y el mundo, y aquí me refiero a la frase de “o dispuesto a llegar a serlo de buena fe”. Habría que hacer una distinción entre cristiano y culturalmente cristiano, entendiendo el primer estadio como el de todo bautizado que mantiene una práctica sacramental activa, y el segundo como el del bautizado que ha llegado a cumplir o cumple de tanto en tanto con alguno de los sacramentos cristianos, pero no tiene una práctica habitual, encontrándose un tanto alejado de esa vida activa. Por desgracia, este segundo estadio es el dominante en nuestra sociedad, y si queremos ser realistas, ni podemos ir mucho más allá ni tampoco seríamos caritativos desde un punto de vista cristiano, marginar esa mayoría de hombres que se encuentran en esta situación. He podido ver y comprobar los efectos beneficiosos que el Rito Escocés Rectificado puede desplegar en el ser

humano con el pasar del tiempo -yo mismo soy un ejemplo de lo que escribo y del efecto de retorno que se opera en el individuo-, pero en cualquier caso es necesaria la fe cristiana previa a la entrada, fe que con toda seguridad se irá fortaleciendo.

Y volviendo al sentido que damos a la frase de ser un “hombre libre y de buenas costumbres”, he oído decir entre los masones ajenos a nuestra Orden que se trata de todo hombre que no sea esclavo, asociando el sentido a la noción de esclavitud del hombre por el hombre, mientras que en la Orden Rectificada entendemos a que no sea esclavo de sus pasiones y vicios, pues se trataría en este caso de una esclavitud espiritual. Sucede lo mismo con la noción de progreso que a diferencia de como se entiende en el resto de sistemas masónicos, el único progreso que nos preocupa es el espiritual y que constituye el objeto real de nuestra Institución.

¿Y qué esperamos de aquel que llama a las puertas de nuestras logias? Sumisión. Ya sé que esto suena algo fuerte en nuestro mundo de libertades y derechos. En el ritual que se entrega a los Aprendices, en el catecismo por preguntas y respuestas, se cuestiona al recién entrado:



Pregunta: ¿Qué venís a hacer en Logia como Aprendiz?

Respuesta: Vengo a aprender a vencer mis pasiones, a superar mis prejuicios y a someter mi voluntad para hacer nuevos progresos en masonería.

Hay en este fragmento respuestas a varias cuestiones: en primer lugar corrobora lo que antes se decía de cómo entendemos al hombre libre y la noción de libertad que le atribuimos; segundo, cómo entendemos la noción de progreso, y finalmente la respuesta a la sumisión que se pide a todo candidato, y es solamente sometiendo la propia voluntad en favor de la voluntad de la Orden que se pueden hacer progresos en esta vía. Está claro que se trata aquí de un acto de fe. Y recordar que el primer pecado en el hombre fue de orgullo; pues bien, es precisamente ese pecado de orgullo el que venimos a someter con nuestra entrada en la Orden. Y es a esta sumisión a la que se hace referencia. Claro está que para someter nuestra libertad debemos habernos asegurado previamente que nos sometemos ante algo o alguien inspirado en las más altas virtudes. Es lo que se le dice al recipiendario cuando se le pregunta en varias ocasiones si quiere prestarse al primer juramento que va a efectuar en la Orden como masón, asegurándole que “...jamás se os exigirá nada que sea contrario a lo que debéis a Dios y al Jefe del Estado, a vuestra profesión y a los otros hombres...”. ¿Qué mayor garantía puede haber para un creyente que una Institución fundamentada en la Religión?

Con todo, no dejamos de comprender la extrema dificultad que representa para el hombre de hoy la noción de sometimiento que se le pide, más cuando en la calle todo apunta en sentido contrario y que el mundo es una jungla en la que el hombre devora al hombre; pero por otro lado tampoco hay que olvidar que hay un componente de inconformismo por parte de aquel que decide llamar a nuestras puertas respecto al mundo que le rodea. Pero para sorpresa suya se va a encontrar con que para cambiar el mundo primero deberá cambiar él.



Calidad sobre cantidad

La masonería en general ha optado a nivel mundial por la cantidad en lugar de la calidad. Si la masonería estuviera aplicando sus principios inspiradores, habida cuenta del número de masones existentes en el mundo, éste andaría por otros derroteros. Tampoco hemos de sorprendernos que el mundo profano nos considere de la manera que nos ve.

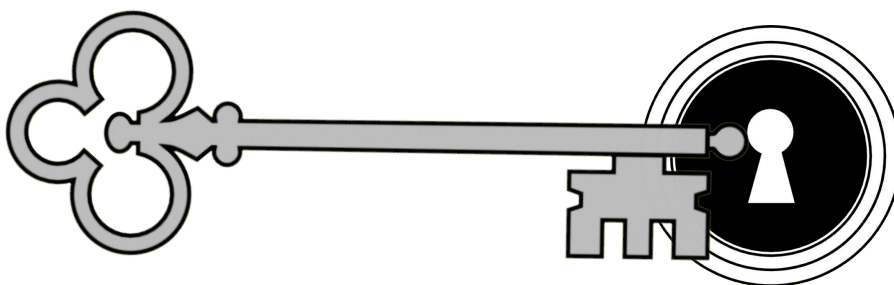
No creo que se deba buscar a nuestros posibles candidatos. La decisión de entrar en masonería ha de ser suya, debe ser un ejercicio de libre voluntad, pues es el hombre quien debe elegir qué hacer con su destino. No obstante, ello no quita que la masonería exponga al mundo cuál es su pensamiento, sin que ello quiera decir que la masonería deba pronunciarse, por ejemplo, sobre temas tales como la reforma laboral, sobre aspectos contingentes por muy preocupantes y acuciantes que estos sean. No es a estos asuntos a los que está llamada la verdadera Masonería. Ésta está interesada en el hombre pero contemplado desde un punto de vista ontológico. Las verdaderas necesidades del hombre no han cambiado tanto a lo largo de los siglos, porque son atemporales, que tocan la esencia del ser humano. No quiero decir que debamos ignorar las necesidades materiales, sólo que nuestro mundo ya ha generado suficientes instrumentos, estamentos y organismos de control para atender esas necesidades, aunque es cierto que estos estamentos no estén bien administrados. Ahora bien, estos estamentos están dirigidos por hombres y se mueven por unos principios y criterios, y es precisamente respecto a estos principios donde se sitúa el ámbito de actuación de la verdadera Masonería. Ahí es donde debe incidir, no queriendo convertirse ella misma en sindicato o administración, suplantando un papel que no le corresponde y para el que no está preparada.

El error de gran parte de la masonería ha sido olvidar el papel que en tanto vía iniciática tenía para el hombre haciendo de él un referente para el mundo y la sociedad. Si la masonería pretende incidir en el mundo ayudando al desvalido, regalando mantas o ambulancias, por muy digna de encomio que pueda resultar la iniciativa, tiene la guerra perdida, porque para eso ya están los Rotary Club o los Lion's o cualquier telemaratón televisivo capaz de recaudar más fondos que todos los masones juntos. La verdadera Masonería debe incidir cambiando el modo de pensar de la gente, pero no imponiéndolo, si no haciendo que nazca de lo más profundo de su ser, y para lograrlo no puede hacerse de modo generalizado, si no primero desde el fondo del corazón de cada uno en particular, obrando como una revolución a la inversa: yendo de lo particular a lo general. Es

entonces cuando Dios se refleja en el hombre y el hombre en Dios, convirtiéndose en instrumento de la voluntad divina y conquistando a la multitud, no con la fuerza de la espada sino con la del ejemplo.

Pero claro, para que el hombre lo logre tiene que depurar sus sentimientos y pasiones poniéndose al servicio de su Creador. He ahí una masonería que se encuentra muy lejos de la masonería que podemos ver y encontrar por doquier. La que resulta más visible está buscando su sentido y razón de ser desde la Revolución francesa, y ni la encuentra y nunca lo hará, porque busca donde no debe y es incapaz de reconocer dónde debería buscar. Esa masonería que en su momento echó al G.A.D.U. por la ventana, eximiendo a sus logias de la obligatoriedad de trabajar a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo, o aquella otra al lado del canal de la Mancha que con las constituciones de Anderson y Desaguliers descristianizaron la masonería en aras de una laxa universalidad. Esa masonería tiene muchos adeptos (hay otra, que no queriendo alinearse con ninguna, en su locura, afirma que trabaja bajo la bóveda celeste), cuenta su membresía por millares y son las responsables de que el mundo profano nos observe a lo sumo entre perplejo y curioso, pero no como un ejemplo a seguir.

¿Selección? Se produce de modo natural. No seleccionamos ni debemos; cada uno verá si se siente reflejado o atraído por nuestros principios. Conforme la Vía avanza el camino se estrecha, y es evidente que no todo el mundo está dispuesto a asumir el nivel de compromiso que el caso requiere. Así, nuestro Régimen Rectificado se convierte en una élite, no porque nosotros queramos, sino por la ausencia de capacidad de compromiso de los demás. No somos perfectos, porque nada humano lo es. Lo único que nos diferencia del resto es la capacidad de compromiso que podamos tener, y la confianza en nuestros Hermanos y la Orden Rectificada de que cuando nos caigamos -que seguro que caeremos- alguien fraternalmente nos ayudará a levantarnos y confortará para que sigamos en la lucha, pues este es el camino que hemos elegido por nuestra propia y libre voluntad, poniendo de manifiesto lo que es la auténtica libertad, que no es hacer lo que uno quiera, sino lo que uno deba.

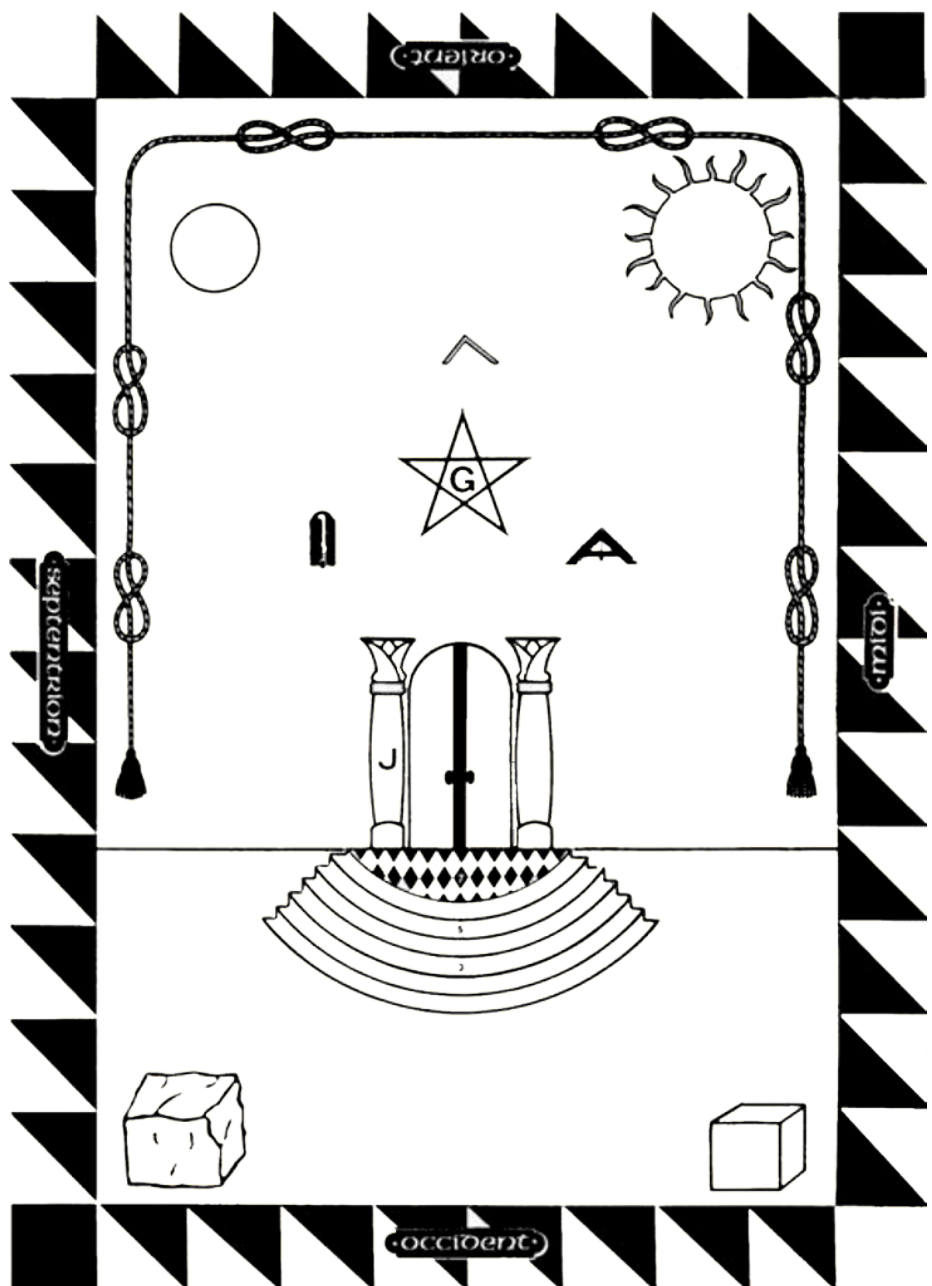


El tapiz de grado

En la mayoría de las logias –sin importar su rito- se suele usar una tabla o un tapiz de tela pintado con los símbolos fundamentales de la Orden y del grado correspondiente. El origen se remonta a las antiguas guildas o gremios de canteros y artesanos, en las cuales el maestro de obra dirigía cada día los trabajos y, después de la correspondiente plegaria – entre otras cosas- dibujaba sobre una tabla o sobre el suelo, con carbón y yeso o tiza, el trabajo correspondiente para dicho día y, una vez finalizada la instrucción y los cálculos, borraba las imágenes y líneas trazadas para evitar que dicho conocimiento llegara a personas inapropiadas, los profanos o “cowans”.

Es por ello que las más antiguas tablas o tapices inicialmente se hicieran también con carbón y yeso y posteriormente quedarán fijadas o pintadas definitivamente en blanco y negro. Más adelante, con la avanzada desaparición de los corporativos u operativos, surgieron los tapices con colores.

Aún así, en sus comienzos fueron simples y en blanco y negro. Los primeros no solían tener algún borde o límite alrededor, apareciendo posteriormente los tapices festoneados o con borde amurallado una veces, y en

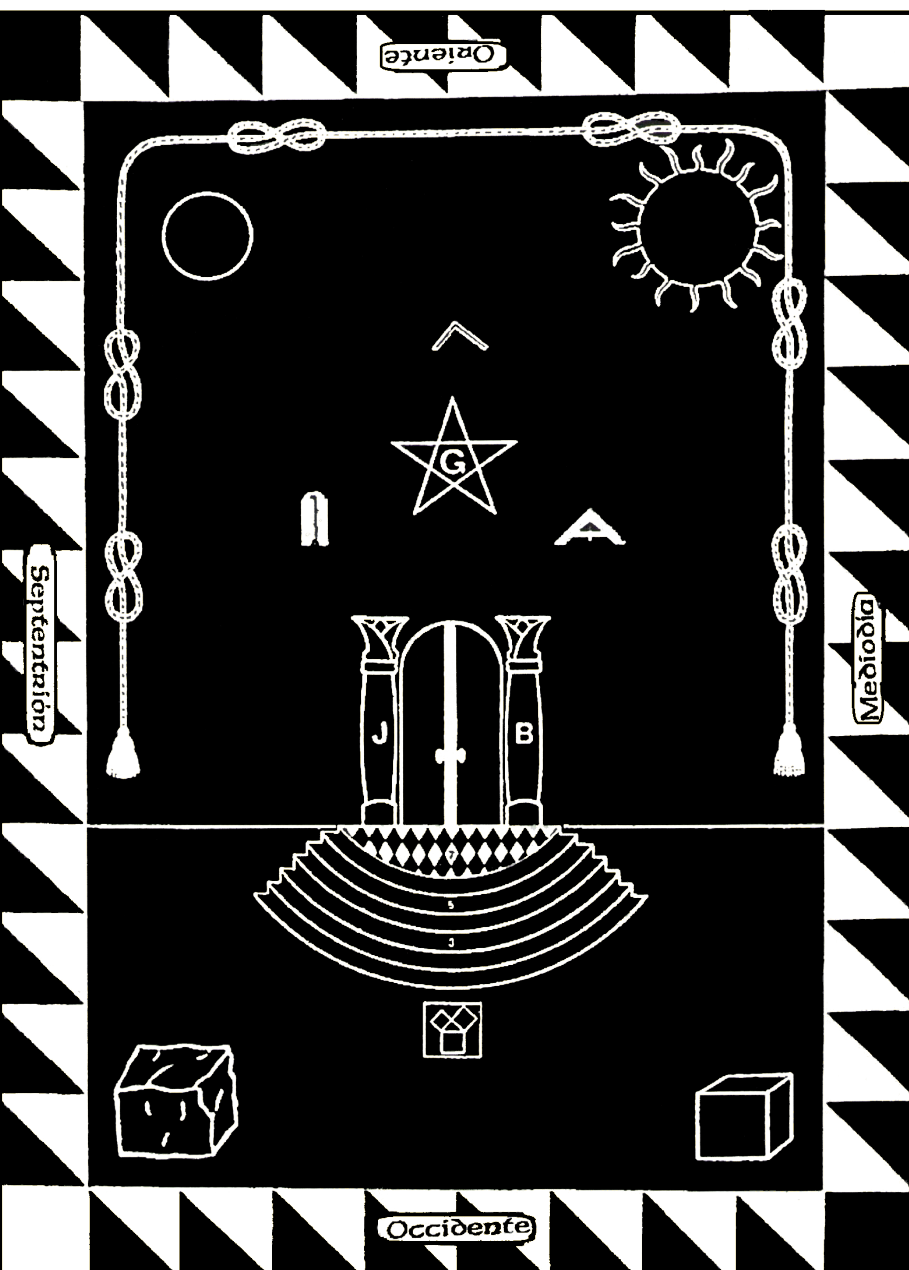


zig-zag en otros. Reproducían así las famosas utopías o ciudades utópicas, sobre las cuales tenemos ejemplo con la Atlántida de Platón, Cristianópolis, la misma Utopía de Tomás Moro, entre otras.

Posteriormente aquello se convirtió en el reflejo del muro del Templo, que delimitaba o separaba lo externo y profano de lo interno y sagrado, a semejanza de los monasterios ortodoxos rumanos, con un cuadrángulo perfecto y en su centro la capilla o iglesia. A menudo los bordes en zig-zag eran triángulos equiláteros o triángulos rectángulos, con los triángulos blancos abriendo hacia adentro, “el reino de la Luz”, y los triángulos negros abriéndose hacia fuera, “el reino de la oscuridad”, lo que recuerda a las horribles gárgolas o grifos en el

exterior de las catedrales, con figuras zoomórficas e inspiradas en los bestiarios, representando el mal y las tinieblas, en tanto que, dentro hallamos las figuras divinas, del Cristo mismo, la Madre de Dios y los Santos.

Ello recuerda las palabras de Jacob Boehme: “El infierno permanecerá en el lugar de este mundo de un extremo al otro, pero estará oculto en el reino de los cielos del mismo modo que la noche está oculta en el día; la luz brillará eternamente en las tinieblas, y las tinieblas no podrán comprenderla”. Curiosamente, con frecuencia encontramos en la entrada o pórtico principal a los doce Apóstoles o a los 4 Evangelistas, sugiriendo la intermediación entre un mundo a otro, como



invitando a entrar en lo sagrado y dejar el mundo de las tinieblas.

Según algunos historiadores, el término anglosajón “Trestle Board” es una derivación o modificación que proviene de “trestle”, o caballete en español. Consistía en una tabla de trazar usada por el maestro de obra, que se colocaba sobre uno o dos caballetes para realizar el trazado de la obra. Según esto, a menudo se ha confundido con el tapiz actual, conocido por los anglosajones como “Tracing board” o tabla para trazar y que, según ellos, correspondería más bien a nuestro tapiz de grado, decorado con los muebles, joyas, herramientas o símbolos que decoran la logia. Según Lennhof y Posner, era una tabla sobre la cual se desenrollaba el tapiz de tela.

La evolución a tejidos de tela pintados a colores como se suele ver en algunas logias es aún de difícil explicación, pero se piensa que ello estaba vinculado a las logias militares y navales, debido a su facilidad para ser enrollado y guardado en un baúl.

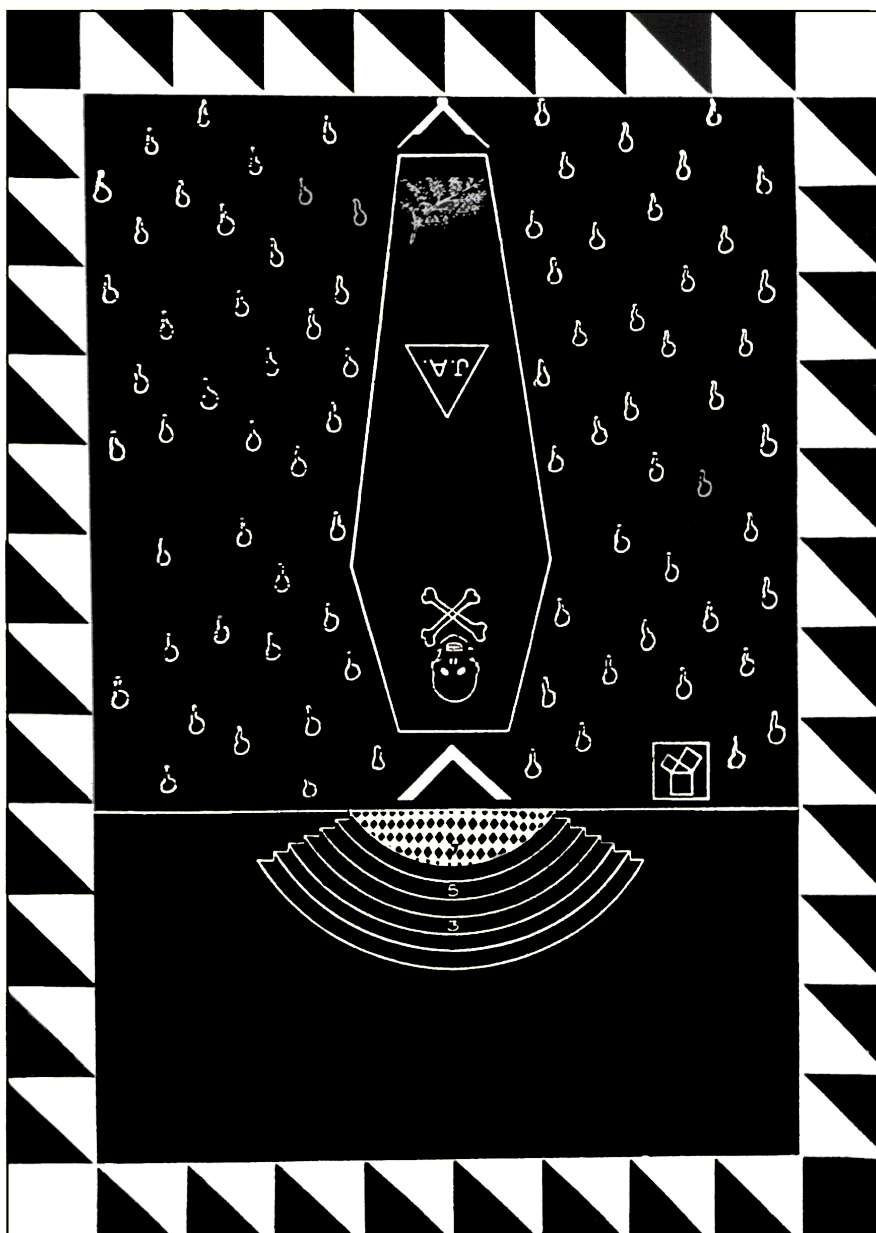
Está claro para nosotros los Hermanos Rectificados que tenemos un tapiz en el centro y que con eso nos basta para trabajar. Es importante detallar el momento en el cual al nuevo Aprendiz es llevado ante su Vigilante para que éste le de su primera instrucción: como debe tallar la piedra bruta. Parece apenas un detalle más del ritual, pero este pequeño gesto tiene una importancia inmensa. Dado que dejamos de trabajar la piedra desde el punto de vista material o externa, y sólo seguimos con el desarrollo de lo espiritual o interno, no podemos desprendernos de ese aspecto exterior del todo, lo esotérico o interior no puede existir solo sin un gesto externo, sin la vivencia en el mundo tangible y manifestado de –como mínimo- un gesto correspondiente a la iniciación basada en el oficio. Es el último cordón umbilical que nos une con la actividad diaria de nuestros hermanos constructores de la piedra.

Así como el nuevo Aprendiz es llevado para iniciar su trabajo en su piedra bruta, justo al pie del Tapiz, coincide con la entrega o el sacrificio (sacrificium, sacrum facere o convertir en sagrado) que debe hacer de si mismo, morir a lo aparente, desprenderse de lo inútil y superficial. Es el holocausto (Korbán, קרבן o venir o acercarse a Dios) de los judíos.

Coincide también con el óculo cenital o agujero central del domo o cúpula, destinado a permitir el ascenso espiritual, en otros templos sustituido por la cruz o por una aguja que se alza hacia lo alto, manteniendo el mismo sentido. Antiguamente los clásicos tenían ahí mismo una piedra, el ónfalo, que se suponía permitía la comunicación entre los difuntos y el cielo.

Los gremios de antiguos constructores de catedrales en Alemania eran a menudo también conocidos como *dombauhütten* (logia o cabaña de construcción de la cúpula o domo).

En conclusión, si detalláis bien hallaréis en nuestro tapiz los símbolos más importantes de la masonería azul, con la escalinata hasta la entrada cerrada del Templo, además de las joyas del V.M. y de los Vigilantes. Ello guarda relación con la logia formada por los Hermanos en el centro durante la iniciación, guardando con celo el Templo Interior. Es por ello que el Buscador/Perseverante/Sufriente ha de transitar con pena por fuera del Templo (alrededor del V.M. y los Vigilantes), buscando la entrada, con la Espada apuntando vigilante desde el centro hacia su Corazón, señalando algo. Queridos Hermanos, medita siempre sobre ello y sacaréis buen provecho.



Adhuc stat

Volvemos hoy al estudio de uno de los símbolos más fundamentales de nuestro Rito: Adhuc stat.

El estudio de este símbolo aparece por otra parte particularmente oportuno, en la medida en que hemos podido vivir colectivamente su realidad.

En efecto, cuántas veces a lo largo de nuestra carrera masónica habrá hecho mella en nosotros el desánimo, y habremos podido dudar pensando que se acabó para nuestra querida Logia, que se acabó para nosotros, decepcionados como estábamos por no haber podido encontrar aquí, cortado a medida, el traje flamantemente nuevo de la sabiduría.

Jean-Baptiste Willermoz no ha dudado en decir que el masón es una Logia. Hay, en efecto, una analogía constitutiva entre la logia y el masón y es sobre esta analogía que reposa el carácter operativo del trabajo iniciático.

Es la diferencia existente entre la Logia y el museo o la biblioteca. Así es, la logia podría no ser más que un museo de los símbolos si no hubiera ninguna relación interna entre estos símbolos y el masón. Es a partir del momento en que el masón ya no tiene consciencia de esta analogía que pierde el contacto con la logia, que pierde por ello mismo el contacto con su ser interior.

De hecho, la logia es el modelo de nuestra propia realidad, la expresión de lo que somos realmente en nosotros mismos; la logia es nuestra medida, nuestra escuadra, el modelo de lo que debemos llegar a ser, en el sentido que Goethe nos dice: “conviértete en lo que tú eres”.

Finalmente, yo diría que es siempre la misma historia que vuelve, que se repite; en el fondo, se trata siempre de la misma historia. De hecho, todo depende del plano en que se lean las cosas, en que se las interprete.

Y cuando uno ha realizado, ha entendido verdaderamente, que se trata siempre de la misma historia, entonces, sin pérdida de tiempo, uno comprende hasta que punto esta historia nos concierne, hasta que punto nosotros somos los actores, y me atrevería a decir, la razón, lo que está en juego.

Adhuc Stat : se tiene todavía en pie.

Nuestras instrucciones son un tanto avaras en comentarios, al menos en comentarios directos, sobre el emblema del grado de Aprendiz.

En la instrucción por preguntas y respuestas, sólo dos cuestiones abordan este asunto:

1ª Pregunta: “¿Cuál es el símbolo del grado de Aprendiz?”

Respuesta: “Una columna rota y truncada en su parte superior, pero firme en su base, con esta divisa: Adhuc Stat”.

2ª Pregunta: “¿Qué significa este emblema con su divisa?”

Respuesta: “Que el hombre esta degradado, pero que le quedan medios suficientes para volver a su estado original, y que el Masón debe aprender a utilizar”.

Hay contenidas, en estas dos preguntas y sus respuestas, al menos eso nos parece, toda la doctrina rectificadora de la iniciación. Por otra parte, es suficiente con contemplar esta columna para ver una ruptura, un resquebrajamiento, al mismo tiempo que una caída, evocada por este capitel, la cabeza de la columna, caída en tierra. Sin embargo, no es toda la columna que esta caída, es simplemente la cabeza, la columna podría decir: “estoy todavía en pie”. Dicho de otra manera, el axis no se ha perdido, la perspectiva vertical aún está presente.

Se percibe claramente en esta imagen un antes, un ayer, el tiempo en que la columna debió estar completa, íntegra; y un ahora, un hoy en el que la columna está, por así decirlo, privada de su cabeza. Se adivina también un después, un mañana, en el deseo de ver de nuevo la cabeza y el cuerpo reunidos, reconciliados, confortados en esto para la instrucción: “El hombre está degradado, pero le quedan medios suficientes para conseguir ser devuelto a su estado original”.

Es ahí que la imagen revela la doctrina. Cuando Martínez de Pasqually habla de la reintegración, esta palabra significa el retorno del hombre a su integridad primera. El título del tratado doctrinal de Martínez de Pasqually nos invita a ello: “Tratado de la reintegración de los seres en sus primitivas propiedades, virtudes y poderes espirituales divinos”.

A través del Adhuc stat, es la misma doctrina rectificadora de la iniciación que es presentada al nuevo Aprendiz. En toda lógica, no habría ningún interés en presentar esta imagen rota si no hubiera al mismo tiempo la perspectiva de reconstituirla.

Todo nos invita, en efecto, en nuestro trabajo, a reparar, a reformar esta imagen rota, desfigurada. Empezando por la primera máxima del grado de Aprendiz: “El hombre es la imagen inmortal de Dios, pero quién podrá reconocerla si él mismo la desfigura”.

Podemos encontrar ahí, yo diría, la raíz misma de la iniciación, su razón de ser. El mismo Jean-Baptiste Willermoz nos dice: “Si el hombre se hubiera conservado en la pureza de su primer origen, la iniciación nunca le habría sido necesaria, y la verdad aún se ofrecería ante él sin velos, puesto que ha sido concebido para contemplarla, y para rendirle continuo homenaje. Pero después que, desgraciadamente, descendiera a una región opuesta a la luz, es la verdad misma que lo ha sometido al trabajo de la iniciación rechazando sus búsquedas”. Añade, refiriéndose a la Masonería: “Su objeto es el de iluminar al hombre sobre su naturaleza, su origen y su destino”.



La Regla Masónica es particularmente esclarecedora en su recta final para aquel que la haya puesto en práctica: “¡Oh, Hermano mío, cuál será nuestra alegría! Cumplirás tu sublime destino, recobrarás aquella semejanza divina, la cual formaba parte del hombre en su estado de inocencia y que es el objetivo del Cristianismo, y del que la iniciación masónica hace su objeto principal”.

Todo esto dicho, o casi. Es por otra parte en este casi que se sitúan las diferencias, que terminan por convertirse en verdaderos abismos, entre los parecidos de la iniciación.

La iniciación es fundamentalmente una. A ese título no hay más que una doctrina de la iniciación. Sin embargo, no es suficiente con ser iniciado para alcanzar la reintegración. Ciertamente, la masonería conserva el modo de empleo, el método para llegar, la fórmula, por decirlo de alguna manera, científica. Pero uno siente que hace falta algo más para poder poner el método en movimiento, en acción, para hacerlo operativo.

Ahí tenemos claramente definida la diferencia entre el hombre caído y el divino, diferencia que estamos obligados a percibir al principio de la plegaria de cierre: “Arquitecto Supremo del Universo, fuente única de todo bien y de toda perfección, ¡oh Tú!, que siempre has querido y operado para la felicidad del hombre y de todas tus criaturas”.

Querer y operar, he ahí nuestro dilema. Sólo Dios quiere y opera.

El hombre degradado no puede ya operar, aún y siendo como era por esencia, el cooperador de Dios. Si el mismo hombre ha desfigurado la imagen inmortal de Dios que era la suya, sobreentendiendo que es para siempre, siente claramente que no puede, por sí solo, volver a su estado primitivo de operador espiritual.

La Regla Masónica es clara en este aspecto cuando, al principio, aborda los deberes con Dios y la Religión:

“Complacer a Dios, he ahí tu dicha; estar siempre unido a Él, ésta debe ser tu mayor ambición y la brújula de tus acciones. ¿Cómo osarías sostener su mirada, tú, ser frágil, que infringes a cada instante sus leyes y ofendes su santidad, si su bondad paternal no te proporcionara un Reparador infinito? Abandonado a los extravíos de tu razón, ¿dónde hallarías la certeza de un porvenir consolador? Entregado a la justicia de tu Dios, ¿dónde estará tu refugio? Da pues gracias a tu Redentor; prostérnate ante el Verbo encarnado, y bendice a la Providencia que te ha hecho nacer entre los cristianos. Profesa en todo lugar la divina Religión de Cristo, y no te avergüences de pertenecer a ella. El Evangelio es la base de nuestras obligaciones; si no creyeras en él dejarías de ser Masón”.

Es el Cristo, Gran Arquitecto del Universo, presente en nosotros como lo está entre nosotros, que hace nuestra iniciación verdaderamente operante. Es el germen, la levadura que fermenta la masa, es el principio activo necesario para nuestra transformación. Él mismo dice: “Sin mí, nada podéis hacer”.

Desde la misma cámara de reflexión se afirma que la iniciación no puede obrarse sin la intercesión y la acción de Aquel que está cerca de nosotros: “En esta soledad aparente no creáis estar solo (...) Mirad si hay un ser que esté más cerca de vos que aquél al que le debéis la existencia y la vida. Sí, está cerca de vos; pero vos estáis muy lejos de Él. Intentad, pues, aproximaros por vuestros deseos y por vuestra sumisión a sus leyes”.

El trabajo que el hombre debe hacer para aproximarse a su modelo sólo lo puede hacer él solo. “Hermano Aprendiz, esta piedra bruta sobre la cual acabáis de golpear es un verdadero símbolo de vos mismo. Trabajad, pues, sin descanso en desbastarla para poder pulirla a continuación, ya que éste es el único medio que os queda para descubrir la bella forma de la cual es susceptible, y sin la cual sería rechazada de la construcción del Templo que nosotros elevamos al Gran Arquitecto del Universo”.

En cambio, si el hombre no es guiado y secundado en su trabajo, no puede conseguir el objeto de sus búsquedas. Antes de hacerle cumplir sus viajes, el Venerable Maestro dice al candidato: “Aquel que, hallándose en las tinieblas, quiere dirigirse a sí mismo y marchar sin guía, se extravía y se pierde”.

Hay todavía un aspecto a examinar sobre esta columna: es su base, sobre la que permanece firme. Esta base de forma cúbica nos parece representar, en términos de progresión iniciática, la misma Masonería, o dicho de otra manera, el primer grado de la reconstrucción. A propósito de la perpendicular, con la que está decorado el Segundo Vigilante, la instrucción del grado nos dice: “Es el símbolo de la solidez de las obras masónicas...” que deben estar elevadas exactamente sobre su base.

En ese aspecto, el trabajo del Aprendiz sobre la piedra bruta representa la necesaria transformación que debe sufrir para ofrecer un soporte, una base a su realización iniciática. En efecto, el Masón no debe olvidar que viene a la Logia para aprender a vencer sus pasiones, a superar sus prejuicios y a someter sus voluntades a las leyes de la Justicia. Debe tener consciencia también, cuando ejecuta el signo de Aprendiz, que este signo, separando la cabeza del busto, le recuerda la superioridad original del hombre sobre los otros animales.

La base cúbica de la columna evoca el papel de conservador de la Masonería, en el sentido en que Jean-Baptiste Willermoz afirma que “ella encierra verdades raras e importantes”. Dicho de otra manera, en virtud de la analogía constitutiva entre la Logia y el Masón, es el hombre que conserva, en los más profundo de sí mismo, la memoria de lo que él es, llave de esta prisión en la que parece estar encerrado.

San Pablo nos afirma que al mismo tiempo que una prueba nos es dada, la llave para salir de ella la acompaña. Sólo nos queda trabajar sin descanso para llegar a ser dignos de la promesa de Cristo: “Aquel que vencerá, lo haré columna en el templo de mi Dios”.



Cristianismo y Masonería

Iniciación cristiana frente a Masonería moderna

Suele suponerse un antagonismo histórico, casi natural, entre el cristianismo –de modo particular el católico- y la masonería, concebida como institución moderna. La excomunión que la Iglesia de Roma decretó contra todo católico que fuera a un tiempo masón, en 1738 (apenas matizada en 1983 por la directiva del Prefecto para la Doctrina de la Fe, cardenal Ratzinger) considerando en estado de pecado grave a todo católico activo en la Masonería, ha identificado a la orden de los constructores con un enemigo del cristianismo de observancia romana. Y aunque las relaciones con el ámbito cristiano protestante y ortodoxo han resultado mejores, no cabe duda que muchas de estas Iglesias tienden también a limitar el acceso de sus fieles a la masonería, al juzgar a esta orden laica como una competidora en ámbitos espirituales.

Y no es menos cierto que, cuando muchos profanos se acercan a las puertas de acceso a los templos masónicos lo hacen con la convicción de que van hacia una entidad mundial que carece de connotaciones religiosas, y que tiene más a ver con un club social o con una asociación para la beneficencia que con una entidad de objetivos espirituales. Y si el candidato busca ‘conocimiento’, se asimila éste a la ciencia actual, y por lo tanto a una ‘sabiduría’ de corte psicológico e incluso psicoanalítico. Y, aunque la mayoría de obediencias u organizaciones llamadas ‘regulares’, según los parámetros matrices de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en sus constituciones nacionales o en sus páginas principales de WEB aluden a la exigencia de creer en un Gran Arquitecto del Universo o en un Principio Supremo de todo lo existente, por lo general no van más allá de esa declaración teórica obligada, sin mayores repercusiones en las prácticas rituales de cada obediencia. Así, Cardelús, un alto dirigente de la Gran Logia de España, defendía en 2003, en una WEB dedicada por esa obediencia al debate masónico (El Aprendiz Masón), que el Gran Arquitecto no tenía nada que ver con Dios, ya que cada miembro de la masonería regular podía interpretarlo a su manera: sorprendentemente, nunca fue reconvenido por su Gran Maestro (José Corominas), que en aquel entonces era una excelente persona, pero tan racionalista y agnóstica como él.

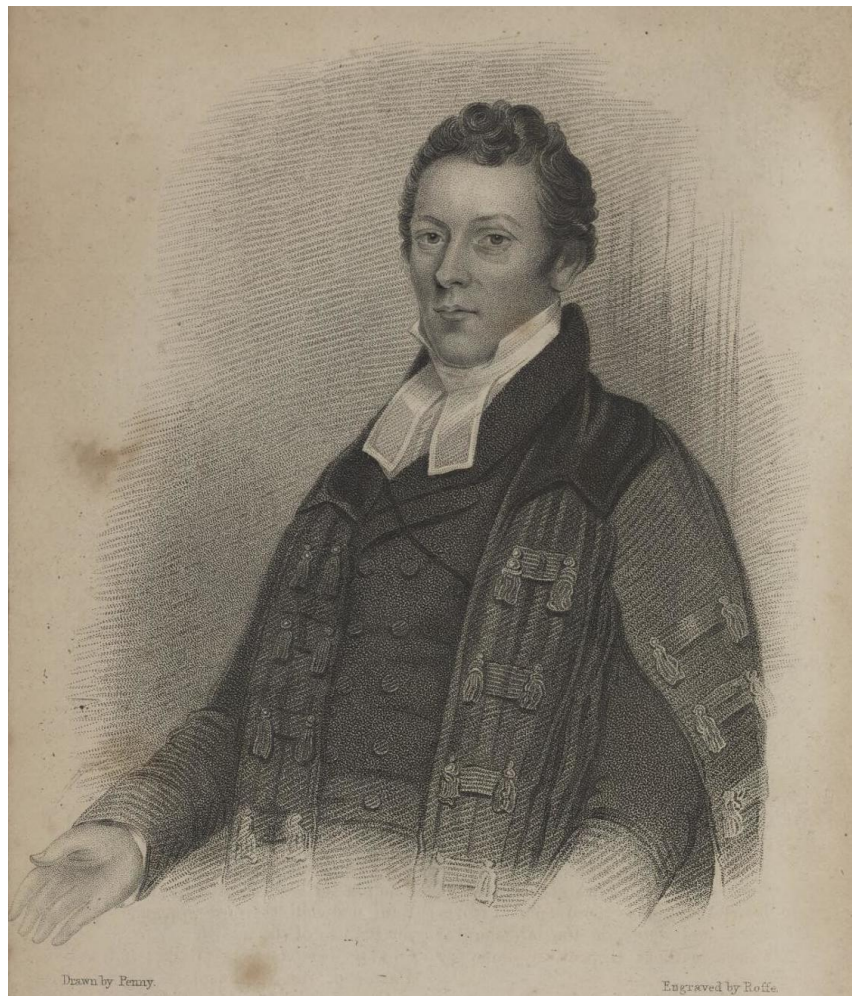
Esa es la realidad: ni siquiera las obediencias masónicas ‘regulares’, oficialmente teístas puesto que deben reconocer la existencia de un ‘Dios revelado’ (Declaración de la GLUI de 1929), consideran la masonería del siglo XXI como una institución de corte tradicional, y menos aún de tradición cristiana. De ahí la insistencia, en los dos últimos siglos, en hablar de

aportaciones egipcias y romanas, de simbolismos incluso de origen musulmán o de ser una institución “arca de símbolos” (Tourniac). Así, el masón que se precie debe tener una aceptable erudición sobre las tradiciones orientales o la historia antigua y medieval europeas, y todo en su razonamiento se torna sincrético, en una verdadera amalgama de formas y significados. Y no obstante, esa no es la masonería de tradición, de raigambre medieval cristiana, y viva en la actualidad pese a ser minoritaria.

Las Constituciones de Anderson

En 1723, y nuevamente en 1738, el Pastor James Anderson, con la ayuda determinante del también Pastor Jean-Théophile Desaguliers, publicó por vez primera unas Constituciones masónicas, hasta entonces secretas y manuscritas en borradores que servían de guía a los Maestros de logia. Pero lo que sucedió entre 1717 (fecha de creación de la innovadora Gran Logia de Inglaterra) y esa edición, fue no sólo un acopio de gran número de antiguos manuscritos de logias inglesas, sino sobre todo su eliminación, para evitar la continuidad de los antiguos rituales y centralizar en todas las logias la nueva versión restrictiva elaborada por Desaguliers y Anderson. Afortunadamente, sobrevivieron viejos textos como los Regius, Cook, y los redactados poco antes, como el manuscrito Dumfries nº 4, que todavía en 1710 iniciaba su texto con una invocación ferviente a la Santísima Trinidad (Var).

De todos modos, la acción decidida de Desaguliers y un sector de la nobleza inglesa tuvo éxito, porque la vieja masonería operativa había perdido su pujanza medieval y los sectores más relevantes de la sociedad necesitaban una vía de conocimiento que no hallaban en su religiosidad cotidiana, excesivamente rígida y marcada por



James Anderson

las contiendas civiles. La aportación innegable de los reformadores, hombres de religión y ciencia (no olvidemos que Desaguliers era un destacado ilustrado), fue sobre todo evitar las divisiones confesionales cristianas y defender la virtud de la tolerancia cuando el país y buena parte de Europa se hallaban periódicamente sometidos a los más feroces enfrentamientos. Pero hasta aquí la aportación, por otra parte bien conocida, de la llamada reforma especulativa o andersoniana. Y digámoslo de paso: Anderson fue un redactor oportuno en un momento clave, pero el alma del cambio fue sin duda Desaguliers, y a pesar de esto, nosotros aludiremos, por comodidad en la identificación, a esta masonería de nuevo cuño como masonería andersoniana o, más simplemente, moderna.

La reforma modernizadora tuvo y tiene aún dos grandes ejes: simplificación ritual respecto a la Edad Media y eliminación progresiva –y rápida– de los



Jean-Théophile Desaguliers

aspectos cristianos más relevantes. No deja de causar sorpresa que los reformadores fueran hombres de Iglesia, pero Desaguliers era ante todo un partidario ferviente de la ciencia más avanzada, y en la acción de ambos pastores subyacía la convicción que reduciendo el carácter marcadamente religioso de la Orden de los Constructores se facilitaría a la vez una mayor concordia y se abriría el entendimiento a las luces de la ciencia. Siempre hubo, en las logias medievales, "especulativos" o miembros de pleno derecho no constructores, como los capellanes de logia, de los cuales Anderson era un buen ejemplo, pero nunca antes habían tenido función dirigente ni habían sido elementos mayoritarios. Aunque las nuevas Constituciones defienden la

existencia de un Principio Supremo y recuerdan la necesidad de ser religioso, aluden a una religión natural en la que ‘todos coinciden’, muy a la moda del pensamiento naturalista ilustrado: hay un germen descristianizador en la reforma protagonizada por aquellos hombres de Iglesia que culminará a finales del siglo XVIII con el acceso en logias francesas de ateos militantes como Voltaire y en la idea –errónea, pero verosímil- de la masonería como un foco activo de racionalismo antirreligioso y anticristiano. Muy pronto, el principio ilustrado de tolerancia iría llevando a sectores masónicos franceses (los llamados Philaletes) a la más feroz intransigencia hacia todo lo que tuviera fundamentos religiosos, y particularmente los de tradición cristiana.

Fue el irlandés Laurence Dermott, católico y formado en logias tradicionales, quien emprendió en Inglaterra la reconstrucción de la antigua masonería, creando una nueva Gran Logia que pronto sería popularmente reconocida como la de los Ancients o Antiguos en oposición a la de los Moderns o Modernos, que es como se definió a posteriori a los seguidores de las Constituciones de Anderson. Dermott publicó en 1755 unas constituciones con el título de *Ahiman Rezon*, en las que resaltaban una intensa religiosidad (buena parte del texto son oraciones cristianas) y un apego a los rituales antiguos; los Antiguos añadían la novedad de un Grado Cuarto –por encima de aprendiz, compañero y maestro– conocido como Royal Arch (Arco Real), y que contendría la esencia de conocimientos esotéricos cristianos que, a su juicio, los maestros modernos ignoraban. A finales de siglo, por cada dos logias modernas había ya una antigua tanto en la isla como en América, y al producirse la fusión de ambas obediencias en 1813 con el nombre de Gran Logia Unida de Inglaterra, los rituales recuperaron cierto rigor ‘antiguo’ pero se aceptó un teísmo vago que posibilitaba a musulmanes o hindúes acceder a la institución sin poseer las mismas bases tradicionales. En realidad, la batalla de Antiguos contra Modernos la perdieron los primeros, significativamente,



Laurence Dermott

aunque impusieran en modo póstumo su Royal Arch y un mayor respeto a lo ritual.

Podríamos considerar que la nueva masonería iba a acompañar a la ilustración como movimiento de ideas, y eso explica que hombres políticos destacados como Franklin, Washington o Lafayette formaran parte activa de las obediencias masónicas que se consolidaban en Reino Unido o en Francia. Imperceptiblemente, casi de modo inconsciente, la logia -antes estrechamente asociada al altar- se iba vinculando a la idea de un cambio político que pusiera fin al antiguo régimen señorial en toda Europa y en América. Sin embargo, esa era la línea ascendente, pero no sin otra poderosa corriente hasta la misma revolución francesa, la llamada de los iluminados o esotéricos, que solían mantener posiciones claramente cristianas y cuya labor ritual tenía por objetivo un ‘conocimiento’ de naturaleza metafísica, y cuyas prácticas en el templo masónico se encaminaban ante todo a una fusión o realización espiritual plena. Como explica el historiador argentino Callaey, esa intensa batalla se desplegó a lo largo de todo el siglo XVIII, de tal forma que, durante la revolución, la guillotina hizo de los masones víctimas, mucho más que verdugos, ya que los jacobinos vieron en los masones peligrosos defensores de la religiosidad, incluso en sus modalidades más espirituales.

Acción restauradora de la Caballería escocesa

Durante bastantes décadas, mientras la nueva Gran Logia de Inglaterra constituía el embrión de obediencias en Francia, Alemania o España, irlandeses y escoceses rehusaron reconocer a la nueva entidad por juzgarla contraria a la tradición masónica. La Gran Logia de los Antiguos, de Dermot, sí fue reconocida por las Grandes Logias de Irlanda y Escocia. Y mientras, la guerra civil inglesa entre orangistas-hannoverianos y estuardistas alineó de forma espectacular al sector masónico católico inglés junto a escoceses e irlandeses, y cuando los Estuardo se refugiaron en Francia, aportaron al país continental una percepción distinta de la nueva masonería especulativa.

Tanto Jacobo III como su descendencia en el exilio francés, así como las tropas anglo-escocesas que les siguieron, fueron muy activos masónicamente, y las logias militares jacobitas o ‘escocesas’ impregnaron muchas de sus características a las nuevas logias francesas, muy allegadas en sus formas organizativas a la Gran Logia de Inglaterra andersoniana.

En este contexto, no debe extrañar que el mismo Gran Maestro de la moderna obediencia inglesa que firmó las Constituciones en 1723, el Duque

Philip de Wharton, convertido al catolicismo y en ruptura abierta con la obediencia creada por Anderson y Desaguliers, llegara a ser el fundador y Gran Maestro de la primera obediencia masónica continental, la Gran Logia de Francia, en 1729. Dejando a un lado el carácter estrafalario de Wharton, y su apoyo inestable al Pretendiente Jacobo III (Ferrer Benimelli), lo cierto es que a inicios de los años 1730, la inmensa mayoría de logias eran profundamente cristianas, y un sector importante de ellas, católicas. Y fue durante el largo exilio estuardista en Francia e Italia cuando se pusieron de relieve rasgos tradicionales que el sector militar difundió entre la mayoría de logias: la caballería cristiana, como una continuación de la iniciación masónica a niveles de combate espiritual en defensa de un orden personal y colectivo más justo. Fue Andrew Michael Ramsay, caballero inglés de orientación jacobita, quien asombró a su auditorio masónico francés al hablar en 1736 y 1737 (Naudon, Négrier) del sentido de una caballería renovada en pos de la verdad interior y de la justicia en las naciones: el ‘escocismo’ había nacido, en Francia, de la mano de un caballero estuardista.



Caballero Ramsay

Como han señalado numerosos autores, prácticamente la totalidad de obediencias y ritos masónicos derivan de la reforma andersoniana (Var), y en ese sentido, aunque disguste a los tradicionales, se puede hablar de que en última instancia cualquier ritual tiene rasgos de masonería moderna (desdoblamiento de los dos grados medievales en tres) y puede incluso llamarse ‘escocés’, puesto que los altos grados caballerescos de muchos ritos son de inspiración jacobita y no medieval, aunque aludan a esa época con respeto y admiración. Muy pronto, en casi todas las obediencias nacionales, aparecen grados caballerescos ligados míticamente a la caballería cristiana, y muy particularmente a la templaria. En este punto, también, se inicia una divergencia importante ya que el ‘escocismo’ jacobita no usa la caballería para plantear una supuesta ‘venganza templaria’, mientras sí lo hará progresivamente la masonería más moderna y, muy particularmente a finales de siglo XVIII, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (REAA), que considerará al Papado el causante de la pérdida de la caballería y la justicia en los pueblos. Paulatinamente, en Francia, se abren dos vías que se reclaman de una Escocia masónica casi mítica, la una más ligada a conservar los antiguos valores cristianos y la otra más proclive a incidir en la justicia social y en la acción política (Callaey).



Clemente XII

La condena temprana de la nueva masonería andersoniana, incluyendo la ‘escocesa’, llegó por parte del Papado en 1738, poco después de los discursos de Ramsay y su apología de la Orden del Temple. Por su régimen especial galicano, los católicos franceses escapaban a la excomunión, pero en general los católicos vieron cómo una orden iniciática especulativa, de clara profesión teísta y con numerosas logias marcadamente católicas en su seno (Irlanda, Escocia, pero también Francia), quedaba excluida de la comunión romana por una supuesta conspiración contra la Iglesia. En realidad, el Papado estaba condenando más una tendencia, esbozada en el primer deísmo de Anderson, que no una realidad general o mayoritaria. De forma inesperada para un gran sector cristiano, la orden de los

constructores, forjada en los monasterios medievales (Palou, Callaey) con el apoyo de la jerarquía eclesial, pasaba a ser proscrita como entidad satánica y enfrentada al cristianismo. Nada de ello redujo el ímpetu de la nueva masonería ni provocó una estampida católica en las logias, pero el divorcio entre un sector importante del cristianismo y la renovada Orden iniciática se consolidó, y la identificación popular de la masonería como ente antirreligioso ha pervivido hasta nuestros días: una espiritualidad sin religión será el sueño moderno.

El inconveniente, para la materialización de ese sueño de una vía de conocimiento espiritual sin religión es que hay que cortar amarras con el pasado, con su religiosidad, con lo que es la tradición. Y ese fue ya en el siglo de las luces, y más hoy en día, la línea divisoria entre ambas opciones: la masonería tradicional se mantendrá iniciática, religiosa, buscando el conocimiento íntimo hasta la realidad suprema, mientras que la masonería andersoniana más estricta -teísta vacilante primero, deísta ilustrada luego y finalmente antirreligiosa y atea laicista hoy- ha seguido un derrotero paralelo, cuando no idéntico, al de la

evolución de la sociedad moderna. La irrupción caballeresca, pregonada por el jacobita Ramsay en la Francia de la época, produjo, pues, una proliferación de altos grados caballerescos, algunos perfectamente banales, en todas las logias, pero sólo poseían sentido como desarrollos morales y espirituales de una masonería tradicional: para deístas y, particularmente, ateos, los grados masónicos y sus despliegues caballerescos pasarían a ser ‘un juego ritual’, de innegable estética y aceptable dramatización, indispensables para hacer un *cursus honorum* de hombres de clases acomodadas e intelectuales.

El Rito Francés y la Rectificación escocesa

Si se observa con atención el mandil del cuarto grado del viejo Rito Francés, posee una cruz latina roja con una rosa en su centro. Si la masonería fuera realmente de fundación moderna, un símbolo así carecería de sentido. Estamos hablando del grado de Soberano Príncipe Rosa+Cruz, que se practica hoy en las logias de este antiguo rito tanto en Francia como en España. Y es que, durante el siglo XVIII, antes de la revolución, ese fue el rito masónico original en el que trabajaron tanto Wharton como, más tarde, Ramsay, e incluso ulteriormente los masones libre-pensadores que tuvieron que aceptar un rito de rasgos manifiestamente cristianos. Progresivamente, el rito iría introduciendo modificaciones que, con el tiempo, lo convertirían en el actual Rito Francés, ya despojado de sus elementos tradicionales cristianos: hoy, sólo la colocación de las columnas J y B preservan una lejana familiaridad entre ambos ritos. Esa descristianización paulatina favoreció niveles de confusión como la iniciación de agnósticos y de militantes ateos como Voltaire o la entrega de la Gran Maestría de la obediencia francesa a personajes tan turbios como Phillipe Égalité, cuyo propio voto posibilitó la prohibición de la Orden en plena revolución. Con el Directorio, el restablecimiento parcial de la masonería se realizaría con un rito pactado, sincrético, de inspiración exótica y hermética, que es el REAA, posiblemente el más practicado hoy en el mundo: este sería ya un rito depurado de sus bases cristianas en sus grados azules básicos, aunque sin dejar por ello de ser teísta, al menos en teoría.

Mientras agrupamientos masónicos racionalistas, como el de los Philalètes, trataban de hallar una vía no religiosa al conocimiento último de la realidad, otros sectores multiplicaban sus esfuerzos por la ruta tradicional, de fuerte base religiosa cristiana. Tanto los Philalètes como otras logias de corte filosófico ilustrado siguieron con atención las prácticas magnetizantes de Messmer o las videncias y curaciones de Giuseppe Bálsamo -más conocido por Cagliostro- con su masonería egipcia. Nadie escapaba a esa fascinación por lo oculto y sus poderes, ni siquiera las corrientes más tradicionales, aquellas que daban al

cristianismo toda la credibilidad tradicional para desplegar la iniciación masónica. Ni Willermoz, el futuro creador del Rito Escocés Rectificado, ni Saint-Martin, inspirador de la llamada iniciación cardíaca, hallaron incompatibilidad alguna entre su profundo cristianismo y sesiones de videncia.

Sin embargo, aunque cualquier agrupamiento masónico europeo de aquel siglo ilustrado podía establecer contacto e intercambios con otros de corrientes distantes e incluso opuestas, no hay duda que a mediados de la centuria se estaban conformando dos grandes bloques que culminarían en una auténtica escisión doctrinal y organizativa. Por supuesto, los Philalètes y otros racionalistas no urdieron en nada lo que el reaccionario Barruel llamó la ‘conspiración masónica’ para provocar la revolución, pero sí es cierto que agnósticos y ateos tenían fuertes discrepancias con las afirmaciones demasiado teístas –a su juicio- de las Constituciones de Anderson, dado su distanciamiento de Roma y del viejo Régimen monárquico. La ruta ilustrada nos es bien conocida, ya que resultó vencedora, de forma súbita y sangrienta, abriendo paso a nuevas sociedades modernas como las que hoy gobiernan el mundo: no debe extrañar, pues, que se haya intentado atribuir a los revolucionarios de Weisthaupt en Baviera –conocidos como Illuminati- la infiltración en la masonería racionalista francesa hasta desencadenar la revolución de 1789, aunque todo eso ha sido debidamente descartado por los historiadores masónicos (Ligou, Négrier).

De quien nada se sabe, o escasamente, es del otro gran sector o corriente, el tradicional, poco identificable con el ultramontanismo católico tanto por la presencia de masones de diversa confesión cristiana como por la excomunión dictada contra los católicos de la Orden. Tres personalidades eminentes dominaron el siglo XVIII en el campo iniciático cristiano: Martínez de Pasqually, Louis-Claude de Saint Martin y Jean-Baptiste Willermoz (Amadou, Var, Vivenza), todos ellos con un prestigio masónico considerable y muy lejos, en sus experiencias personales, de lo que se pudiera considerar una derrota de la tradición cristiana, ya que sus vidas fueron de alternativas cambiantes pero no derrotadas. Podemos ya anticipar que su obra no se interrumpió en aquel vibrante siglo, sino que marca un trayecto consolidado para tres grandes vías iniciáticas cristianas, occidentales, presentes y activas en nuestros días. Junto a ellos, otros hombres destacados como Cagnet de Lestère, Du Roy d’Hauterive o De Maistre, formaron una brillante generación de tradicionales, centrados en la labor iniciática del autoconocimiento espiritual, y que dejaron una herencia inestimable. Políticamente, las opciones fueron desde el conservadurismo monárquico de Joseph de Maistre hasta el apoyo razonado a la revolución de un teósofo como Saint Martin.

Un hombre de posible ascendencia judaica española, nacido en Grenoble, tuvo enorme resonancia en la Francia masónica del siglo XVIII, e incluso en la España posterior, ya que Menéndez Pelayo le dedicó una dura crítica en su Historia de los heterodoxos españoles: Jacques de Livron Joachim de la Tour de la Casa Martinez de Pasqually, conocido más simplemente por Martínez de Pasqually. Conservamos de él una obra, redactada en buena medida por su discípulo Saint Martin: *Tratado de la reintegración de los seres en sus originales virtudes, poderes y cualidades*.



Martinez de Pasqually

Y en paralelo, disponemos de los rituales de la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, que él mismo fundó y con logias en Burdeos, París, Lyon, Marsella y una docena más de ciudades francesas. Oficial del ejército francés, su prestigio en los acuartelamientos de Burdeos le permitió crear las primeras logias con reconocimiento de la Gran Logia de Francia, y más tarde constituir una nueva obediencia popularmente designada como los Élus Coën o Cohen. Poseedor, según él, de una antigua transmisión iniciática, profundamente católico, y con una numerología peculiar no coincidente con la de la Cábala judaica, Martínez de Pasqually fue reconocido como teúrgo por quienes se relacionaron con él y su presencia confortaba a los participantes en los rituales de las logias de su orden de ‘Escogidos Sacerdotes’ del Universo. Saint Martin, que abandonaría su carrera militar para convertirse en el secretario y principal discípulo de Martínez de Pasqually, adoptó la doctrina del maestro sobre la caída y postración de Adán y su descendencia, como lo haría a su vez el lyonés Willermoz. Entre 1767 y 1774, Burdeos irradió teúrgia masónica hacia todas las logias de la Orden, y el prestigio de los Cohen, acompañado inevitablemente de especulaciones sobre sus actividades teúrgicas. La muerte en Haití de Martínez de Pasqually en 1774 provocó el distanciamiento de los principales discípulos, Willermoz, que iniciaría la formación del Rito Escocés Rectificado, y Saint Martin, que emprendería un periplo por toda Francia para convencer a los Cohen de abandonar las prácticas teúrgicas, excesivamente peligrosas sin la presencia de un maestro de la envergadura del desaparecido Martínez de Pasqually. Y pese a la diáspora que siguió a la muerte del fundador de los Cohen, Willermoz, Hauterive y Saint Martin dieron en Lyon unas magistrales lecciones a los masones (Amadou), basadas en la doctrina de la Reintegración. La potencia del pensamiento y el halo de misterio de los rituales Cohen fueron tales que el mismo René Guénon escribió, ya en el siglo XX, sobre

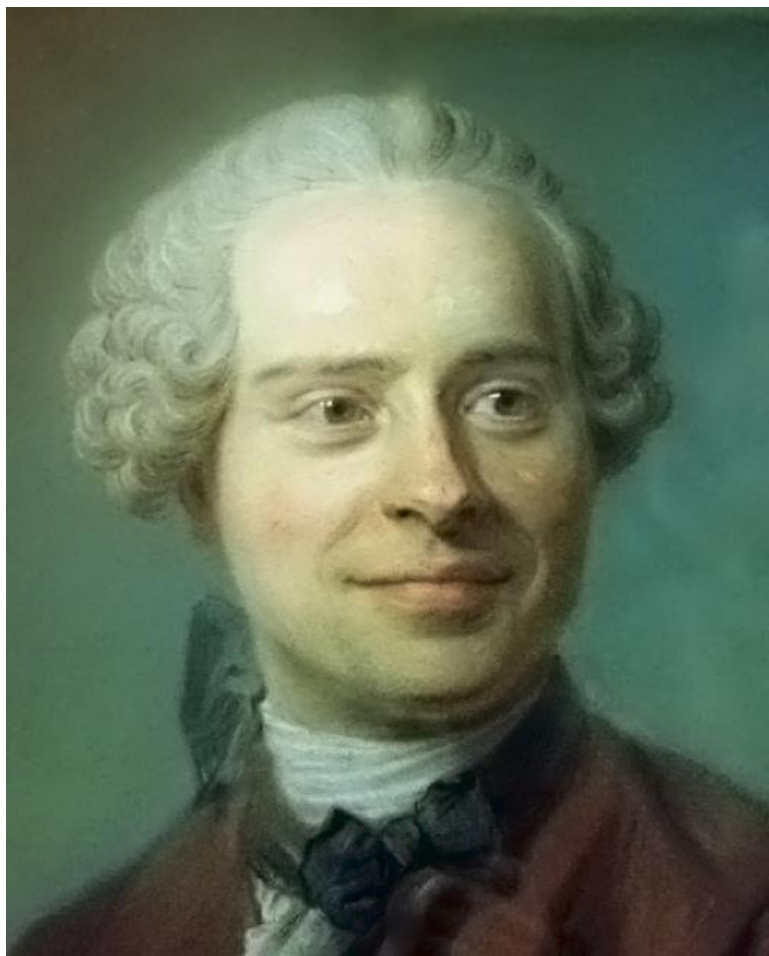
‘El enigma de Martínez de Pasqually’, aunque este autor ni comprendió ni dispuso de información básica, fácilmente hallable en los agrupamientos Cohen martinistas y rectificadores de ese momento.

Como ha señalado Vivenza, la reformulación doctrinal de Martínez de Pasqually marcará en Occidente las principales vías iniciáticas cristianas del siglo XVIII y que llegarán hasta la actualidad. Las alegorías que utiliza en su *Tratado de la reintegración de los seres* son una peculiar lectura del Antiguo Testamento, pero con un cristocentrismo poderoso que le distingue radicalmente de cualquier cabalismo judaico. Martínez de Pasqually comparte con Orígenes una percepción negativa del mundo en el que vivimos, ya que lo considera – como Platón- una cárcel en la que Dios encerró al ángel caído, y la labor del hombre es liberarse del peso material burdo de esa creación restrictiva. Saint Martin con su iniciación cardíaca y Willermoz con su Rito Escocés Rectificado compartieron siempre esa percepción, muchos decenios después de la muerte de su maestro. En términos cotidianos, el maestro de los Cohen exigía a los miembros de sus logias una práctica religiosa estricta, condición indispensable para un trabajo iniciático ponderado y profundo. El cristianismo no sólo era base indispensable, sino la estructura del trabajo cohen y su misma realización o culminación espiritual.

Con apenas una veintena de templos en toda Francia, el prestigio de Martínez de Pasqually y de la docena escasa de supremos iniciados –los Réau+Croix- era innegable en una intelectualidad que se afanaba por hallar el corazón mismo de la verdad. Círculos, velas, cortinajes, postraciones e invocaciones, además de largos ayunos y grandes rituales equinocciales, son aspectos tangibles del complejo rito teúrgico de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo. El objetivo de esas pequeñas y selectas agrupaciones -que llegan, como hemos expuesto, hasta el presente- no era otro que la materialización de lo que Martínez definía como ‘La Cosa’, o Espíritu conductor. Incluso las logias más racionalistas estaban fascinadas por la pujanza de los trabajos Cohen, pero la barrera teísta cristiana les impedía cualquier acceso a los trabajos de las logias Cohen. Otro rasgo doctrinal de Martínez de Pasqually fue su percepción de Dios como unidad –en fórmulas muy cercanas a Dionisio el Areopagita- y no como realidad trinitaria, si bien sus discípulos más destacados fueron siempre ortodoxos en esta cuestión. En suma, la concepción martinista se situaba en campo cristiano, con una lectura particular de la caída y degradación de los humanos y la naturaleza, también degenerada por el hundimiento creciente de los hijos de Adán. El sacerdocio auténtico era la preservación del rito primigenio de Adán, Abel y Set hasta Cristo y los Cohen.

Pero Martínez de Pasqually marchó en 1772 hacia Port au Prince, en Saint Domingue (el futuro Haití), y allí moriría dos años más tarde. Se sabe tan poco de su actividad en la isla caribeña como de su misma vida. Cagnet de Lestère y Sebastien de las Casas sucedieron al desaparecido al frente de la orden de los Réau+Croix, pero pusieron en sueños la organización a los pocos años: grupos dispersos de antiguos Cohen prosiguieron practicando sus rituales, aunque la orden como tal sólo sería reactivada a mediados del siglo pasado. Por su parte, Saint Martin y Willermoz se alejaron del ámbito Cohen: para el primero, en un método iniciático de unión con la Divinidad, la única garantía contra desvíos oscuros es Cristo como Dios humano viviente, y cualquier invocación a espíritus intermedios es un riesgo excesivo; para el segundo, una teúrgia sin maestro capacitado corría el riesgo de dispersar a los iniciados y de aislarlos de su entorno.

Saint Martin, influenciado por sus traducciones de la obra de Jacob Boheme, se distanció de cualquier fórmula organizada, fueran Iglesias u órdenes iniciáticas, y puso en marcha su método iniciático de oración de silencio o vía cardíaca, con continuadores tanto en Rusia como en Francia. Willermoz, buen conocedor de todo el mundo masónico europeo y sus ritos, sentó con su RER las bases de un sólido edificio iniciático, masónico en sus cimientos pero caballeresco y sacerdotal en su cuerpo y cabeza. Aunque sus vías, martinista y rectificada, son distintas, su contenido doctrinal fue siempre el mismo, y la amistad de los dos hombres duró todas sus vidas, colaborando con frecuencia Saint Martin en la redacción de los rituales rectificados. Cabe ahora preguntarse por la especificidad del Rito Escocés Rectificado, que Willermoz presentó en el Convento masónico de las Galias en 1778, y que estructuró de forma consistente en 1782 en el Convento de Wilhemsbad, al disolverse la Estricta Obediencia Templaria, que dirigía el Duque de Brunswick.



Jean-Baptiste Willermoz

La dispersión de rituales en la que había entrado el inicial Rito Francés antiguo era tal que, tanto los futuros creadores del REAA como los del RER, eran conscientes de la urgencia de una depuración y una centralización del rito ‘escocés’. Willermoz lo hizo en primer lugar, simplificando el ritual, depurándolo de adherencias exóticas que se habían ido introduciendo, y regresando a lo que él consideraba la simplicidad iniciática escocesa, es decir a sus bases medievales cristianas y exigiendo profesión de fe cristiana a cualquier candidato. Willermoz incorporó pronto la caballería, pero rechazando cualquier idea de continuidad con la del Temple, aunque sí rememorándola, y favoreciendo con ello la disolución de la Estricta Obediencia Templaria (ésta se mantiene hasta hoy a partir de algunos de sus núcleos antiguos), y creando una Orden supranacional con provincias históricas (Aragón, Auvernia, Occitania, etc.).

Culminando el edificio, Willermoz forjó la Profesión, constituida por iniciados de fuerte capacidad y encargados de velar secretamente, a nivel local e internacional, por la salud espiritual de la Orden escocesa rectificada de Caballeros Masones cristianos. El llamado cuarto grado, reelaborado por Willermoz hasta su forma actual, es el de Maestro Escocés de San Andrés, en cuyo nivel acaba la iniciación simbólica y se abre la perspectiva de combate caballeresco. Lo que Willermoz, De Maistre e incluso Saint Martin hicieron no fue una simple ‘rectificación escocesa’, sino una rectificación radical de la descristianización andersoniana, batallando directamente por la recuperación del espacio iniciático masónico, que estaba amenazado de degenerar en un club ilustrado o en una asociación política. A diferencia de las obediencias andersonianas, el RER posee una estructura jerárquica única, dirigida por los Caballeros.

Cuando seguidores de Guénon (Roman, Reyor, Valsan, Tourniac, Gillis) retoman su opinión sobre la inexistencia de una tradición completa en Occidente, considerando a la masonería como una vía iniciática carente de dimensión metafísica, habría que recordar que eso sólo ha sido así en su ignorancia: la metafísica no se extinguió en cristianismo con Eckhart, pues está presente en San Juan de la Cruz, en Jacob Boheme, en François Malaval, en Louis-Claude de Saint Martin y en las variantes iniciáticas martinista, martinista y rectificada, aunque haya que excluir de ellas al ocultismo de ciertas corrientes de inspiración teosofista. Tanto los Réau+Croix cohen, como los CBCS rectificados (Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa), como los Ph.I. (Filósofos Desconocidos) martinistas no tienen más objetivo que la unión con el Dios absoluto, y su compañía es la de Yeshua el Reparador, como llamaba Saint Martin a Jesucristo.

Puede que a la mayoría de guenonianos les disguste el cristianismo, pero no es posible ignorar la realidad de una iniciación cristiana viva, bien articulada y de alcance metafísico, ininterrumpida en dos mil años de existencia de esta tradición. La acción de los tres grandes maestros tradicionales del siglo ilustrado –Martínez, Willermoz y Saint Martin- preservó la iniciación occidental y puso coto a las derivas, bienintencionadas pero catastróficas, de los masones modernizantes. Sin la continuidad iniciática cristiana hoy habría tenido razón Guénon al afirmar que no hay más opción para los occidentales que las iniciaciones orientales, desde el islam hasta el budismo o el hinduismo. El Rito Francés antiguo apenas es hoy un reducto practicado en logias de los Grandes Prioratos independientes, cristianos, y su espacio ha sido suplantado por el neohermetismo del REAA y el republicanismo del Rito Francés moderno: pero el Rito Escocés Rectificado es una fuerza real, iniciática, dinámica y tradicional dentro y fuera de los Prioratos independientes (incluso el laicista Gran Oriente de Francia, o la muy agnóstica Gran Logia Femenina de Francia practican el RER por su belleza y originalidad).

Tubalcaín y Phaleg: la ruptura masónica

Es bien conocido, en ámbitos masónicos, que ya los antiguos textos medievales citaban a Tubalcaín, hijo de Lamec, como iniciador de las artes constructivas, puesto que fue el primer forjador de metales, según el Antiguo Testamento. Anderson y Desaguliers no tocaron esa función de los viejos manuscritos, sino que incluso le otorgaron mayor relevancia, al tiempo que también lo hacían con la figura del maestro Hiram Abif, otro trabajador de los metales. No hubo gran dificultad para el RER en situar a Hiram como una alegoría del hombre-dios, Jesucristo. Pero sí fue más tortuoso y polémico cómo resituar a Tubalcaín, símbolo personalizado de la creatividad, forjador de belleza a la gloria de Dios. La ruta seguida por Willermoz, acompañado en esos años en Lyon por un Saint Martin también fascinado por los poderes de algunos videntes, ha sido con frecuencia criticada como poco seria y de dudosos resultados (Joly): hablemos de la aparición de Phaleg en la masonería rectificada.

Durante meses, los dos grandes discípulos de Martínez de Pasqually, Willermoz y Saint Martin, asistieron tras su muerte a unas sesiones de videncia en las que el ‘medium’ era Madame Valière, canóniga de Monspey, y que al ser interrogada sobre la palabra más apta para identificar a un aprendiz masón, respondió ‘Phaleg’. Para Willermoz, profundo conocedor del Antiguo Testamento por sus largas estancias juveniles en la parroquia que dirigía su tío, el nombre de Phaleg fue una revelación inspirada.

Si echamos una mirada al Antiguo Testamento, nos daremos cuenta que la alusión a Phaleg (también transcrito en ocasiones ‘Paleg’ y ‘Peleg’) es breve: descendiente de Sem, a poco de emprenderse la construcción de la torre de Babel, se apartó de ella con su gente. Ciertamente es muy poco, y, aparentemente, este personaje veterotestamentario no posee ningún otro rasgo mencionable. No obstante, cuando se señala que llevó el nombre de Phaleg “porque en sus días fue dividida la tierra” (Génesis 10, 25), se está aludiendo a la confusión que siguió a la erección de Babel. Como señalaba Tourniac en un estudio sobre Phaleg, la raíz hebraica fal-pal es ‘separarse’, y la traducción más exacta que puede hacerse de Phaleg es ‘el que se separa o aleja’. Tras esta brevísima alusión, apenas tres apartados sobre la descendencia de Sem sitúan a Phaleg como hijo del semita Heber y padre de Reu (Génesis 11, 16-19), sin más detalles. Puede comprenderse la extrañeza de que un personaje tan poco destacado ocupara un lugar central en el nuevo rito de Willermoz.

Con todo, la decisión de Willermoz estaba cargada de implicaciones. Ante todo, situaba como signo de reconocimiento un nombre de linaje inmaculado – descendiente de Sem- que fue el único que con los suyos habría abandonado la construcción de Babel, la torre del Orgullo, tras un primer momento en que habría colaborado en la empresa. Algunas leyendas medievales nos hablan de Phaleg como el hombre que se apartó del resto y se fue hacia el lejano norte (Alemania, en ciertos manuscritos) para regresar luego, sin temor a prevaricar,



entre los demás pueblos descendientes de la confusión babeliana. La elección willermoziana no fue una fantasía ni una feliz coincidencia, sino un acto meditado que situaba a Phaleg en la línea irreprochable de Noé y de Abel, en la genealogía que Martínez de Pasqually llamó el verdadero culto primitivo, sin mácula (Fontaine). Tal vez la vidente Madame Monspey no sugirió esto de forma tan errática como ciertos críticos del RER han querido señalar: habría sido difícil, para un perfecto conocedor de las Escrituras como Willermoz, no captar la especificidad de un personaje supuestamente gris y casi anónimo como Phaleg.

La consolidación de los rasgos manifiestamente cristianos del Rectificado profundizaron más en la ruta de Phaleg: este maestro de la tradición original, capaz de errar y rectificar como indican las leyendas medievales, poco tiene que ver con el linaje de Caín, entre los que destacó un maestro de metales como Tubalcaín, de indudable calidad humana, pero en una estirpe ritualmente errada y de confusión. Contraponer a Phaleg, ‘creador de justas y perfectas logias’ como indican los rituales rectificados, a Tubalcaín, el forjador nacido de la estirpe ingrata a los ojos de Yahvé, fue el paso que Willermoz y los creadores de Rito Escocés Rectificado dieron sin vacilar. Desde ese momento, Phaleg fue la divisa de la rectificación escocesa, cristiana, iniciática, frente a la coalición de ritos que mezclaban elementos de la más diversa y dudosa procedencia, en la nueva confusión babeliana –esta vez en la moderna masonería- que señoreaba el siglo XVIII ilustrado.

De igual modo que se requería, y se requiere hoy, la explícita declaración de fe cristiana para ingresar en el Rito Escocés Rectificado, la exclusión de Tubalcaín de los rituales no es un dato banal o accesorio, ya que con ella se expulsa alegóricamente cualquier colusión o confraternización con los creadores de ‘malas logias’, es decir, de aquellos que no se mantienen apartados de la confusión que caracteriza la mayor parte de ritos andersonianos, recargados con simbolismos de procedencia diversa e hijos de la confusión racionalista de las últimas centurias modernas. Así, para autores relevantes (Tourniac, Fontaine, Vivenza), Phaleg fue una ruptura providencial y deliberada.

Debemos añadir otro aspecto central para la masonería del siglo XXI: el supuesto carácter ‘cainita’, infractor, de toda construcción humana, empezando por la forja de metales con Tubalcaín y culminando con las creaciones arquitectónicas o tecnoinstrumentales del presente. Para mi sorpresa, fueron algunos maestros masones que se ocuparon de mi formación quienes me indicaron que siempre ha habido un rasgo ‘cainita’, de orgullo desafiante, en todo constructor humano, desde Henoc al fundar la primera ciudad para su padre

Caín, desde Tubalcaín y sus habilidosos hermanos, e incluso desde tiempos postdiluvianos cuando el ‘camita’ Nemrod -poderoso ante Dios- alzó las primeras grandes ciudades. De alguna forma, se me explicó y se sigue enseñando que la fuerza constructiva, creacional, de los artesanos y transformadores de la naturaleza tiene un punto de insubordinación, de locura genial, de desorden creador: Tubalcaín sería el símbolo veterotestamentario de esa creatividad en linajes malditos o desviados del pacto con la Divinidad. Posiblemente, quien mejor haya teorizado sobre el cainismo masónico haya sido Robert Ambelain, que en un par de capítulos de una de sus polémicas obras (*El secreto masónico*), niega toda capacidad constructiva a los descendientes de Set o de Sem, afirmando que la fuerza divina, creacional, se manifiesta exclusivamente en los linajes infractores.

Por supuesto que en numerosas culturas se considera al hombre dotado de una energía peculiar – egipcios ayer o bantúes hoy le llaman Hu- que si no es bien controlada le puede destruir a él y a sus semejantes. Sin embargo, esa fuerza creacional, heredada de la Divinidad, puede ser usada armoniosamente, como el jardinero reorganizando el mundo natural sin dañarlo ni destruirlo, o de modo brutal y desestructurador, como el minero que dinamita paisajes y contamina los recursos naturales. Estamos hablando, ciertamente, de forma figurada, pero pensamos que el mensaje debe ser escuchado: el jardinero ideal crea sin destruir, reordena sin sumir la realidad en un caos tenebroso, y su acción es diáfana y nacida de una estricta libertad de proseguir la armonía creacional; el minero, más allá de un uso ponderado de los metales, puede enloquecer dinamitando montes, desviando aguas y emponzoñando aire y tierra, y su demostración de poderío tiene más a ver con el Harmagedón que con el paraíso.

Lo que para Ambelain era la demostración cainita de la libertad –hacer lo prohibido-, para la rectificación escocesa es una demostración penosa de sometimiento a las propias pasiones y de esclavitud ante las exigencias de lo satánico (lo destructivo). Puede entenderse que el cainita reivindique la destrucción como muestra palpable de ‘su’ libertad, pero los rectificadores consideraron, desde su fundación, que el verdadero rectificado sólo es libre en la medida en que acepta los límites de la armonía creacional del mundo y procrea y recrea a partir de esa armonía, nunca en su contra. No cabe duda que la infracción radical, prometeica, del orden es una buena demostración negativa de la existencia de la libertad, pero ello contrasta abiertamente con el uso realmente positivo, constructivo, de esa libertad humana. Terminaremos esta breve mención al supuesto cainismo de la masonería, y al supuesto error de Phaleg, con una cita bíblica significativa sobre la reflexión de Dios respecto a la torre de Babel: “ahora, nada de lo que se propongan les será imposible” (Génesis 11, 6 en

versión Biblia de Jerusalén) o bien “en adelante no se prohibirán ningún proyecto que imaginen” (idem anterior). La carencia de límites, la negación de pautas, la soberbia de Babel sólo puede conducir a la locura y al desastre, y ese ha sido y es el peor empleo posible de la libertad de los hijos de Dios. Phaleg, en su sencillez y en su fuerza para romper con la confusión, es el símbolo de la masonería tradicional, de la masonería iniciática, de la masonería cristiana, y es la antípoda de Tubalcaín, el cainita.

Andersonianos y Rectificados, hoy

Aunque no haya paridad en términos cuantitativos, en el ámbito de la cualidad hay un campo masónico andersoniano -moderno, cainita- y un campo cristiano -tradicional, iniciático- cuyos ritos más practicados son el Sueco y el Escocés Rectificado. Hablemos, en primer lugar, de aquella masonería que se suele identificar con la percepción que las gentes tienen actualmente de la orden: las obediencias de corte andersoniano, ya sean de obediencia inglesa o ‘regular’, bien sean de tipo liberal o ‘adogmática’. Por supuesto, siempre hallaremos obediencias impecables y logias intachables, que serán la excepción y rara vez la regla. De modo excepcional, en el seno de la masonería andersoniana, se halla la corriente minoritaria pero muy activa de los guenonianos, que por lo general trabajan el rito conocido como REAA, pero sin basarse en ninguna tradición concreta, sino en un vago ‘Principio Supremo’ y considerando además la orden masónica como una entidad iniciática trunca e incapaz de ofrecer la ‘realización espiritual’.

La mayoría de obediencias en América son ‘regulares’ y, al menos formalmente, respetan la norma, dictada por la Gran Logia Unida de Inglaterra en 1929, de creer en un Ser Supremo revelado, aunque en la práctica la deriva que están siguiendo en las últimas décadas va hacia el agnosticismo teórico y al ateísmo práctico; de estas obediencias suele destacarse su carácter de club social, y en ellas se entiende la fraternidad como un sistema eficaz de ayuda mutua, que a veces degenera en arribismos económicos y políticos. Un ejemplo extremo de esta actitud lo tenemos en la Grande Loge Nationale Française (GLNF), cuyas intervenciones en África están cargadas de escándalos de lo que se conoce como ‘la Françafrique’ (juego de palabras de argot: la Francia-Africa del dinero, ‘fric’). La causa de semejante degradación desde la ‘fraternidad’ hasta las corruptelas la hallamos justamente en el hecho de que el teísmo ‘regular’ es hoy sólo una frase hueca, y por ello la acción económica queda despenalizada, porque sólo se ve en la ‘regularidad’ inglesa un club social en el que las relaciones horizontales – sociales- priman sobre cualquier iniciación misteriosa, vertical. A pesar de ello, la mayoría masónica andersoniana, en el mundo, sigue siendo ‘regular’.

El resto de obediencias andersonianas tienen sus bases en la ruptura que a fines del siglo XIX efectuó el Grand Orient de France (GODF), al suprimir de sus Constituciones toda referencia al Gran Arquitecto del Universo. Es la masonería andersoniana más moderna, que proclama su apego a la libertad y al racionalismo ‘adogmático’, y que tiene émulos en casi todos los continentes. Se entiende la ‘fraternidad’ como entre los regulares, pero se hace hincapié en la importancia de una ética colectiva que los masones deberían encabezar. Ciertamente, sus obediencias suelen estar implicadas en menos corruptelas, pero su afán por debatir de aspectos sociales, e incluso religiosos desde una óptica racionalista, les lleva invariablemente a escisiones y fracturas. Curiosamente, esta masonería ‘adogmática’, por lo general ferozmente anti-religiosa, gusta de practicar ritos cristianos como el Swedemborg, el Rito Francés antiguo y muy especialmente el RER, a partir de la Carta Patente que el GODF tiene desde 1776 (por acuerdo de los Directorios del Régimen Rectificado). Nos hallamos así ante un despropósito enorme: ateos y agnósticos, y asimismo musulmanes y budistas, practican el Rectificado por la belleza de sus formas externas pero no entendiendo nada de cada frase o lema, dado su profundo carácter cristiano, totalmente inocultable. Esta masonería tiene vocación política encubierta y carece de cualquier contenido iniciático, porque no sabe siquiera qué es la tradición, con la que ha roto desde su raíz última: el reconocimiento de la Divinidad y la búsqueda de su realidad en nosotros.

El ámbito masónico no andersoniano, por lo tanto tradicional y cristiano en Occidente, es muy pequeño en términos numéricos, pero altamente significativo por su práctica y por su prestigio. En los países escandinavos, el rito de Swedemborg se mantiene vivo aunque el más popular es el Rito Sueco, muy generalizado en las diversas obediencias del norte europeo, y ambos estrictamente cristianos. En Alemania, sectores no disueltos de la antigua Estricta Observancia Templaria –que comandó el Duque de Brunswick hasta el Convento de Wilhemsbad en 1782- están hoy reagrupándose e iniciando relaciones con los restantes ritos masónicos cristianos en Europa, aunque el rito masónico cristiano más practicado y popular sigue siendo el de Zinnendorf. El Rito Francés antiguo, antes de su descristianización, pervive de forma minoritaria tanto en Francia como en África, posibilitando un acceso progresivo al cristianismo hasta manifestarse con claridad en el cuarto Grado, llamado del Caballero del Águila Negra o, más simplemente, del Soberano Príncipe Rosa+Cruz, como ya comentamos brevemente. Por último, el RER se practica en dos versiones legítimas: la simplificada, de la Gran Logia Alpina de Suiza -que heredó en 1881 del Directorio del Grand Prieuré d'Helvetie la continuidad viviente del rito durante todo el siglo XIX- y que transmitió a otras obediencias francesas en el pasado siglo XX el derecho a practicar el RER, además de la

patente de la que disponía el GODF desde el siglo XVIII; y la original, redactada por Willermoz, y también reconocida por la Gran Logia Alpina y que hoy practican en todo su rigor los llamados Grandes Prioratos Independientes (Galias, Lotaringia, Hispania) y en la Gran Logia de España. Esos escasos millares de masones son, hoy en día, la más sólida continuidad iniciática de Occidente, y tienen de ello una clara conciencia, en sus prácticas rituales y en sus conductas, porque nadie como ellos ha ido con tanta intensidad ‘buscando la paz, buscando a Dios’.

Hablemos, más concretamente, del Rito Escocés Rectificado, que Willermoz y los suyos establecieron de forma definitiva en los conventos masónicos de las Galias (1778) y de Wilhemsbad (1782), años antes de que se sentaran las bases del nuevo Rito Francés moderno, y que apareciera el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (REAA). Hay que admitir, con Callaey, que, a las puertas de la revolución francesa de 1789, el prestigio y fuerza del RER alcanzaba sus niveles más altos, tanto en Francia como en Alemania, y la rectificación escocesa representaba la tradición iniciática cristiana que en su día reactivaron los Cohen. Pero, tras la revolución, la masonería pasó a ser mucho más institucionalizada por el bonapartismo y el RER sobrevivió apenas en Suiza, donde se siguió practicando en una versión muy escueta, por adaptación a un calvinismo menos barroco que el catolicismo de los De Maistre o Willermoz.

Hubo que esperar, pues, a mediados de siglo pasado, a que el Gran Priorato de las Galias fuera autorizado por la Gran Logia Alpina a recuperar y utilizar los rituales originales del siglo XVIII: cuando en el año 2000, el GPDG salió de la GLNF (Gran Logia Nacional Francesa), empezaron lentamente a emerger los Prioratos Independientes rectificados, aquellos que forman una estructura jerárquica única, comandada por la caballería de los CBCS o Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa. En realidad, la Orden de los caballeros masones cristianos no es nacional, sino única, y sus actuales obediencias son, por derecho, secciones o provincias de esa única orden masónica cristiana, con estructura de prioratos monástico-caballerescos y cuerpo básico masónico en los primeros grados. Los Grandes Prioratos independientes admiten afiliaciones de masones procedentes de otros ritos, pero deniegan la incorporación a los no cristianos y exigen que la maestría masónica plena (cuarto grado RER, Maestro Escocés de San Andrés) sólo pueda ser obtenida por verdaderos maestros cristianos. En otros términos, la fraternidad ritual tiene unos límites, ya que la masonería andersoniana ha degradado gravemente los contenidos iniciáticos, y la masonería de tradición no puede tergiversar en este aspecto, clave para la iniciación en los misterios sagrados.

Sería impropio de estos tiempos de banalización, de confusión neobabeliana, o simplemente de globalización moderna, que la masonería de tradición –la principal vía iniciática en el Occidente cristiano- obtuviera popularidad y éxito de masas. Más bien sería un signo negativo y un indicio claro de que la tradición no estaría ahí. Una vez más, la figura mítica de Phaleg reaparece para marcar las distancias y separar el grano de la paja, para deslindar la masonería social andersoniana de la masonería iniciática de raigambre cristiana. En las logias tradicionales se trabaja a la Gloria del Gran Arquitecto, y su imagen está claramente dibujada en los textos medievales, en los que puede verse a Jesucristo trazando el mundo con el compás celeste: la ruta iniciática es la del conocimiento de la verdad, y ésta se halla en la Divinidad y en nuestro interior, ya que no existiríamos ni un instante fuera de su realidad única, tal y como los sarmientos no pueden sobrevivir fuera de la cepa de viña. Ésta fue la auténtica alquimia espiritual de los medievales y la verdadera iniciación que los monjes enseñaron en los monasterios benedictinos de Northumbria, Fulda, Reichenau, Hirshau o Clairvaux a los futuros masones libres o laicos (Callaey). La ruta de la iniciación masónica es estrecha y su secreto profundo sólo se desvela a quienes se esfuerzan, perseveran y mantienen vivo su anhelo de verdad y paz.

Nadie que piense, bienintencionadamente, que cualquier tradición le llevará a la realización espiritual puede ni debe estar en la masonería tradicional, porque sólo aquellos que consideran que Emmanuel –Dios con nosotros- está vivo en cada acción e instante de nuestras vidas podrán aprovechar la pujante mistagogía –la enseñanza mistérica- del Rito Escocés Rectificado. Lejos de amalgamas modernas, de sincretismos y de relativismos al uso globalizado, la iniciación masónica rectificada labora silenciosamente, junto a las restantes masonerías cristianas, por la resurrección del hombre a su primera naturaleza y por evitar que el reino del César ensombrezca la ruta del reino del espíritu: se respeta al César, como bien recuerdan los brindis masónicos, pero como símbolo inmerecido del orden divino, pues la acción masónica opera efectivamente en un reino del que poco o nada saben ni el César y ni los cesarianos modernos.

Más que nunca se precisa hoy del coraje, de la humildad y de la equidad de Phaleg para alejarse de la confusión babeliana. La masonería cristiana no sigue los fuegos fatuos de Tubalcaín, el herrero, sino la llama pura de Phaleg, el justo. Como reza uno de los más destacados lemas de la rectificación escocesa: ‘In silentio et spe, fortitudo mea’ (En el silencio y en la esperanza se halla mi fortaleza). Sólo ese trabajo silencioso, constante, discreto, caritativo de los caballeros masones cristianos es garantía estable de luz y anuncio de reconstrucción del arruinado templo humano, ése que incluso caído permanece

con su columna truncada todavía erguida, porque ningún hijo de Adán queda fuera de la reparación de Cristo. En 2020 de la Verdadera Luz, la masonería rectificada reivindica para sí la responsabilidad de una iniciación cristiana que nació, en palabras de De Maistre, ‘el día en que nacieron los días’.



